

MIS ANDANZAS EN ARALAR

ANTXON BANDRES ZARAGÜETA

Se me ha pedido que escriba unas líneas para este libro sobre Aralar que se edita con motivo del cincuentenario de la función de la sociedad Aralarko Adiskideak.

Pienso que no tengo los conocimientos sobre Aralar que los demás escritores de este libro tienen, y si algún motivo hay para que mis líneas figuren en esta obra es el ocupar, en estas fechas, la presidencia de la EUSKAL HERRIKO MENDIZALE ELKARGOA (Federación Vasca de Montaña). Así pues creo que mi puesto en el contexto es la de escribir como un montañero más, sobre lo que la sierra de Aralar ha supuesto para mí.



Llanuras de Igaratza

Recuerdo nuestras primeras salidas a Igaratza con 14 ó 15 años, sin la tutela de los mayores y la aventura que suponía para nosotros: aquellos planes con 15 días de antelación, con interminables listas de comidas, cazuelas, sartenes, etc.; preparándolo todo con la minuciosidad con que actualmente se preparan las expediciones a altas cumbres extraeuropeas. Y la exploración, con la que todo un mundo nuevo, LA MONTAÑA, se fue abriendo a nuestros ojos, apareciendo detrás de cada cuesta un paisaje nuevo, que tratábamos de determinar con la ayuda del mapa y la brújula, y las sorpresas

cuando, ufanos, volvíamos al refugio creyendo haber subido a una cumbre y los montañeros veteranos nos hacían ver nuestro error.

Posteriormente nos fuimos metiendo más en el mundo de la montaña, y comenzamos a atravesar *Aralar* en marchas reguladas, excursiones colectivas del club, salidas de grupos de amigos, y con ello las primeras pérdidas por la niebla y las primeras noches en tienda de campaña o al raso, y tantos y tantos recuerdos que forman la primera época de nuestra vida montañera, de la que tan grato recuerdo tenemos,

pues a esta primera toma de contacto con la naturaleza van unidos los nombres de los compañeros de aquellas correrías, precisamente los mejores amigos de hoy.

También tomamos contacto con el bellissimo *Aralar* nevado, y con ello el esquí, aquella actividad de la que fueran pioneros los Amigos de *Aralar* y que luego sufrió una época de ocaso, para resurgir con potencia increíble en la actualidad; y con el mundo del esquí, las famosas pruebas de fondo de *Aralar*; sus marcajes, a veces la víspera y otras veces el mismo día de la prueba a primera hora de la mañana; el ambiente del pabellón azul cuando todavía se tenía poco conocimiento sobre las ceras y se cometían auténticos desastres de enceraje; las pruebas y el eterno problema de que no se pisase la huella; los controles, cronometrajes, entrega de trofeos en la explanada de la *Casa del Guarda*, y luego la comida con los otros corredores y la familia Zuflaurre.

Ya en otra época conocimos otra faceta de *Aralar*, era su riqueza biológica, a la que fuimos introducidos por los hermanos Elósegui, a quienes acompañábamos en los anillamientos de pollos de buitre en la Malloa; aquel famoso día de San Pedro de 1967 ó 1968 creo que no se le habrá olvidado todavía a Jesús, o los primeros comedores de buitres en *Etzantza*, y las aventuras con los animales que llevábamos, tanto vivos como muertos, para ponerlos como carroña a los buitres y sacar las primeras fotos de animales. Y pasando de la zoología a la botánica, la micología, actividad señera de la sierra de *Aralar* en el otoño, con salidas en serio, en plan educativo, como en las Jornadas Micológicas de la S. C. N. ARANZADI, o en broma, con un grupo de amigos para coger setas para la merienda. Y ligada a esta faceta de la biología, el conocimiento de la vida pastoril, la vida de las txabolas y los rediles; y los pastores, gente maravillosa, genuinos representantes del alma vasca, a quienes los montañeros debemos tantos favores.

Ya más adelante conocimos la escalada en *Aralar*, en la escuela de *Zazpi-Iturri* y las vías de *Saltarri* y *Txindoki*, y en alguna ocasión, con los ardores de la juventud, la ascensión a *Iru-mugarrieta* desde *Inza* en invierno, que para nosotros, entonces, se nos antojaba una vía de la categoría de la norte del *Eiger*. Y la espeleología en las cuevas de *Ataun* y *Lacunza*; y la primera travesía complicada en esquí, cuando bajamos por *Minas* a Amézqueta, y allí el fenomenal Bishente y su albergue.

En alguna ocasión también tuvimos que salir a buscar a montañeros perdidos, a veces con éxito, y en alguna ocasión trayendo un cadáver.

En otro orden de cosas, las romerías de Corpus Christi en *San Miguel*, y también allí el día de la confesión o el día de *San Miguel*; la misa de *Igaratza* celebrada por el padre Alberto, y los pastores que acudían desde todos los rincones de la sierra, algunos a caballo y todos con su inseparable perro; y la taberna que se montaba el bueno de Anisheto y su famoso caldo de gallina «de polea».

Y, en fin, tantos y tantos recuerdos, que si los enumeráramos todos, no acabaríamos nunca. Así, pues, yo quisiera que esta exposición sirviera para mostrar lo que la sierra de *Aralar* ha supuesto para un montañero modesto; y con ello recordar a los jóvenes que empiezan en el mundo de la montaña, ahora que hay tantas facilidades de comunicación, que piensen que en *Aralar* se puede hacer de todo, y sobre todo, que es posible que, por muchas circunstancias, puedan encontrar en esta maravillosa sierra y en las gentes que la pueblan, tal vez mayores satisfacciones que en otras cordilleras, quizás más importantes alpinísticamente, pero que no guardan como lo hace *Aralar*, EL ALMA VASCA, en sus dólmenes y leyendas, en sus pastores y montañeros.